

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS

ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA

Fundador: D. Manuel María de Santa Ana.

PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN
MADRID: Edición de la mañana. 1 Pta. Mes.
PROVINCIAL Y PORTUGAL. 3 Ptas. Trimestre
EXTRANJERO. 5 Ptas. Trimestre
ULTRAMAR. 1 Pta. Trimestre

PUBLICIDAD
Los anuncios de primera y cuarta plana, reclamos, etc.,
financiero referentes a Bancos y Sociedades, a precios con-
vencionales.
Se reciben en esta Administración en la Sociedad General
de Anuncios en la Agencia Havas, 8, plaza de la Bolsa (París),
y en las oficinas de publicidad.
Con arreglo a la Ley, cada anuncio pagará 10 céntimos
por impreso de timbre.
ADMINISTRACIÓN, Factor, 7.

AÑO LI.—NUM. 15.330

Madrid Martes 23 de Enero de 1900

EDICIÓN DE LA NOCHE

CONTRA LAS CALENTURAS AGALICOKINA PRECIO 5 PESETAS FRASCO DE VENTA

en todas las farmacias y droguerías.
COCHERA Y MADRA
PARA CUATRO COCHES Y OCHO CABALLOS
CARRERA DE SAN FRANCISCO, 7

**El Té Purgante de
Chambard es el más grato
al paladar y el más eficaz de los
purgativos. Es el mejor remedio
del Estreñimiento.**
Se encuentra en todas las Farmacias, 1/25 L. ca. p.

NOTA DEL DIA

HASTA LUEGO

El jefe del gobierno ha declarado que todo lo que se anunciaba sobre modificación del gobierno era, por hoy, cosa sin realidad, y puramente imaginativa.

Lo mismo se dijo cuando *El Economista* predijo la conversión de las deudas coloniales, y estaba redactándose el proyecto.

Al fin sucedió lo que se suponía; las deudas se convertirán, y el conocimiento del proyecto de ley ha producido un alza en el signo en que se han de convertir, y en la mayoría de los valores que han de ser objeto de la conversión.

Deseamos que en el asunto de la crisis ocurra lo mismo; que se coticen entonces en alza el crédito del gobierno, porque no es eso precisamente lo que le sobra.

El procedimiento de oponer negativas a los rumores probables, no es invención de este gobierno. Viene de antiguo. Se cree que no puede sospechar un ministro que sus días están contados, porque se apresuraría a darlos por concluidos. Hasta ese punto se desconoce el amor a la vida ministerial, que tantos ponen sobre la vida orgánica. Y se considera irrespetuosísimo y atentatorio a todas las leyes de la consideración social y política, tratar con tiempo y con los interesados de su retirada del gobierno.

Están bien las prácticas, porque algunas hay que tener, pero éstas generalmente no responden a ninguna conveniencia.

A nadie se le oculta que el presupuesto que se está aprobando no puede ni debe prolongarse más tiempo que el preciso para redactar otro nuevo. Responde a una necesidad tan apremiante como la existencia del gobierno, y ha de responder a la

situación económica definitiva a cosas mayores y más altos pensamientos.

Algunos de los actuales ministros han hecho cuanto ellos podían hacer en sus departamentos. Y se necesitan otros que hagan más todavía. Al partido a que pertenecen pueden prestarle mejores servicios en otros cargos. Al país fuera del ministerio le servirán más probablemente. Y al ministro de Hacienda no pueden secundarle los que están para siempre donde se han quedado. Ni al presidente del Consejo de Ministros le conviene entregarse al descanso de todos los días de la semana cuando sea ley la obra económica proyectada y en discusión.

Hay por lo mismo cosa más lógica que pensar en la crisis ministerial, con el deseo de que en ese cambio adquieran más libertad las iniciativas contenidas hasta ahora en la simulación que los nuevos consejeros provocarían?

La reorganización total de la vida administrativa no la acometerán en cuarenta días de interregno parlamentario los que no la intentaron en algunos meses. Confiar en que así se puede seguir, sería una equivocación. Desde luego la nueva composición del gabinete y la provisión de todas las carteras indicaría propósitos de más actividad en la marcha del gobierno, y esto solo llevaría al país esperanzas, y quizá a la mayoría fe y entusiasmos.

No siempre las crisis son anuncio de la muerte. Algún día ha de venir el fin de la vida. Y lo mejor es irse preparando con una pluma mayor para que no se vea tan de relieve la conveniencia de buscar fuera de la casa el del partido nuevos amigos ó nuevos aliados.

No hay ahora nada de lo dicho. Para mañana puede ser que sea poco todo lo que se ha pregonado.

SECUESTRO DE DON QUIJOTE

Un ladrón amigo mío—¿qui? no tiene en Madrid un amigo ladrón—me ha referido esta mañana todos los pormenores del asalto a una joyería de la calle del Carmen.

Los malhechores al ponerse de acuerdo para efectuar el robo, secuestraron previamente al caballero Don Quijote, el cual, como símbolo de nuestras pérdidas arrogancias, anda por esas calles desafiando entretanto y protegiendo a los débiles.

Cuando el noble hidalgo estuvo maniatado y preso en ignorada mazmorra, los ladrones se encaminaron hacia la calle del Carmen, atravesando la Puerta del Sol con mucho sigilo, andando de puntillas para no despertar a los guardias.

Llegaron al ambicionado escaparate, lleno de joyas, y después de contemplarle con deleite largo rato, se dirigieron a una boca de alcantarilla allí próxima y

levantaron la pesada piedra con ayuda de algunos transeúntos benévolos.

Después regresaron a la joyería, abriendo camino entre los curiosos que contemplaban con ojos embotados, los brillantes y turquesas a través del cristal.

—¿Hagan ustedes el favor, señores,—decía uno de los ladrones apartando a la gente,—¿hagan ustedes el favor... que vamos a robar así.

El público, desgraciadamente sorprendido por la pretensión de aquellos hombres, protestó en voz baja del ineficaz atropello... Y dejó franco el paso.

Los ladrones comenzaron a golpear el cristal, y cuando éste cayó hecho añicos, sacaron de él sortijas, pulseras y pendientes con tranquilidad, ostentando como si estuviesen resolviendo un problema de álgebra.

Los transeúntos se detenían admirados de tanta audacia, y la fila de curiosos fué aumentando hasta obstruir por completo la calle.

—¡Esto es inaudito!—decía uno.

—¡Ineficaz!—añadía otro.

Y todos miraban al ladrón en torno suyo, a ver si entre aquella pila de caballeros flamencos estaba el bueno de D. Quijote dispuesto a impedir el despojo, contando, con gallarda actitud, la retirada a los ladrones.

—¡Deseo malogrado! D. Quijote rugía con impotente furia en su prisión... Por las venas de la multitud agrupada en la calle del Carmen no corría la sangre gerosa y valiente del hidalgo manchego, sino el agua turbia del Lozoya.

Terminada la tarea, los malhechores se despidieron del público con mucha cortésia y se retiraron por el subsuelo, mientras la gente contemplaba inmóvil aquella desaparición por el foro, como una habilidad de la tramoya en las comedias de magia.

Al desaparecer los protagonistas, el pueblo lanzó un formidable alarido y se oyeron apostrofes iracundos contra las autoridades.

—¿Qué pasó?... ¿Qué ocurrió?... exclamó uno de los guardias, despertando sobresaltado al ruido de las voces.

—¿Han robado?... Los ladrones se han ido por el alcantarilla... ¡Y ustedes sin parecer! ¡Esto es escandaloso!

—Nosotros descansábamos un ratito, confiando en D. Quijote.

—¿Es que D. Quijote no ha venido por aquí...

—¿Pues cuando falta D. Quijote—dijo sentenciosamente el guardia—la autoridad duerme.

Y se recostó en la pared, dispuesto a reanudar el sueño interrumpido.

Luis González Gil.

RECUERDOS DE UN VIAJE

(FRAGMENTO)

LA ÚLTIMA JORNADA

Y la cuesta parecía interminable. El cochero canturreaba el estríbillo de una jota. Los caballos, con sus acompasados movimientos de cabeza, imponían a los cascabeles un monótono repiqueteo, cada vez más lento, como el andar del tiro.

La vista, cansada de fijarse en el estrecho horizonte, buscaba ansiosa la terminación de aquel camino y quedaba fija en una de las revueltas, la última que se podía distinguir desde el coche.

—¿Cuándo estaremos allí?... pensaba yo al posesionarme otra vez de mi asiento, despojado de haber subido a pie un buen trozo de la cuesta.

Y el cochero proseguía sin variar su jota, y el horizonte no cambiaba de aspecto.

Poco a poco fué dominándose el sopor. De pronto una fuerte sacudida vino a sacarnos de aquel letargo. Concluyeron las soportadas concusiones, estas fueron sustituidas por los apóstrofes que el cochero lanzaba a los jacos; los cascabeles sonaron con más animación, y la marcha se hizo más rápida.

Miré con ansia el camino que íbamos a seguir, y un suspiro de satisfacción se escapó de mi pecho.

—¡Qué hermoso espectáculo! Por la derecha seguía el monte; pero no el árido, terroso, magno, que antes nos amenazaba con eterna oscuridad, sino el grandioso que atrae y subyuga. Cuanto más avanzábamos, más grandes se hacían las alturas, más inmensos los abismos. El sol vino a saludarnos.

Entonces hubiese querido detener el carruaje; pero el tiempo estaba ya calculado y no podíamos perderlo, so pena de que la noche nos sorprendiera en tan peligrosa marcha. Debíamos atravesar aquella parte del Pirineo antes de anochecer, y el cochero atizaba de veras al ganado.

Tuve que dejarme llevar, pensando: «¿Qué de prisas!», con la misma desesperación que antes dije: «¿Qué despacio!»

Y miraba, queriendo aprovechar los instantes, abarcando todo en conjunto; pero sin poder apreciar los detalles de aquella majestuosa naturaleza llena de contrastes y de misterios, de aquella montaña a mi derecha, que parecía crecer incesantemente, y de aquel precipicio, a mi izquierda, con su fondo de agua cristalina, en el que se rodejaban los árboles y donde morían las cascadas que bajaban serpenteando desde la cumbre de las rocas.

Junto al río veíase una ancha vereda que se internaba en el bosque; de vez en cuando algún cobertizo ó abandonada casucha, y por el monte tal cual pastor que nos miraba con ojos entornados y seguía después la marcha escoltado por sus robacos.

Esta era la última señal de vida, la nota animada que venía a interrumpir aquella soledad imponente, más imponente contemplada en las últimas horas de la tarde.

Presa de una desconocida emoción seguía yo con la mirada todos aquellos accidentes y encontraba al hombre muy poca cosa en medio de tal magnificencia.

Procuraba fijar en mi imaginación todos los recuerdos de grandes fiestas, todas las maravillas creadas por la civilización, y del paralelo entre las dos riquezas surgían en mi ánimo multitud de ideas filosóficas, que Dios sabe dónde hubiesen llegado, si mi conductor no las pusiera fin, cuando volviéndose repentinamente hacia mí exclamó señalando con la fusta la cinta terrosa, que allí abajo seguía siempre la orilla del río.

—Pasado mañana cruzará el señor aquella carretera, y ya ha salido de las montañas; luego en tren, que es más cómodo.

—¿Pues qué—respondí,—vamos a desandar el camino?

—Será muy poco; solamente para ir a la estación que está allí atrás. En menos de dos horas llegamos a B., donde piensa usted detenerse.

—Si, un día para descansar, puesto que, como dicen, encontré buena posada y algo que ver.

—¿Anda, anda, qué ves? ¿Yo lo creo? hay cerca del lugar así como una casa que se ha hundido, y dicen los sabios que es de cuando los moros. Tienen mucho orgullo los del pueblo con ese castillo y... no les falta razón.

—¿Qué, tan hermoso lo encuentran?

—¡Prioral! Aunque a decir verdad, a

mi... Yo lo verá el señor; pero no daría yo por ello un robo de trigo. Una cosa tan triste, tan vieja... todo roto... En fin —concluyó cambiando de tono y haciendo una despreciativa mueca,— ¿puede, puede que tengamos!

Después, buscando otro tema, más de su gusto donde leerse, siguió animando la marcha con requiebros y amonestaciones a los jacos:

—Anda—le decía al uno—gándul, que no vales lo que comes—y al otro:—¡hala, hala! *Luceo*, que poco nos queda.

Bajábamos la cuesta rápidamente; las cumbres desaparecían entre la niebla; los últimos rayos del sol iluminaban el río, y aquella carretera que yo debía recorrer a los dos días: la naturaleza parecía humanizarse.

El ruido del agua, confundido con el de los cascabeles, llegaba hasta nosotros débilmente, como si temiera interrumpir el melancólico silencio que parecía reinar en aquellas regiones, donde todo era quietud.

Aquí, me decía yo, mirando la vertiente de las montañas, nunca se habrá posado la planta del hombre; cómo atravesar de una a otra altura por aquellos empinados precipicios!

—Luego se concluyó la última jornada, me dije el cochero.

Y en aquel instante, como respuesta a mis reflexiones, apareció precisamente en medio de la montaña que íbamos bajando una pequeña casa que apenas merecía este nombre. Su arquitectura armonizaba perfectamente con el paisaje; no podía ser más sencilla, como si la naturaleza, desdefiando el concurso del hombre, sólo hubiera consentido a éste lo estrictamente necesario para su refugio: cuatro montones de piedra que, terminando a la misma altura, sostenían una cubierta, la cual apenas llenaba su misión. En la fachada, que teníamos casi enfrente, veíase la puerta, tan alta como el muro; los otros dos de aquellas, cerradas por completo. La cuarta no podíamos verla, porque *cacia* (según la frase del cochero) del lado del río y de la otra carretera, la que debíamos tomar al seguir el viaje para dirigimos a la estación. Alrededor de la casa, un poco igualado el terreno, y en uno de los lados, una pequeñísima huerta.

Aquí hay gente, me dije yo con asombro al ver humo en la chimenea y a medio abrir la puerta de la casa; y deseoso de conocer unos seres que me parecían sobre naturales, echaba el cuerpo fuera del coche, como si así me acercara más a la solitaria vivienda.

En aquel instante, los ladridos de un perro atrágaron mi atención por otro lado, y a muy poca distancia de la huerta, a unos cien pasos del camino y destacarse entre las primeras sombras de la noche dos figuras: de pie una de ellas, apenas mujer, delgada, con las piernas y los brazos desnudos, con el pelo en dos trenzas que la caían por la espalda, un justillo rojo mal cindiendo su graciosa cintura, un abandono interesante en toda su persona y una gran curiosidad en la mirada.

La otra estaba sentada en el tronco de un árbol caído. Era la de un anciano enfermo, quizá más enfermo que anciano, con traje oscuro, ancho sombrero y callosos grises que le llegaban a los hombros. Tenía las dos manos apoyadas en una especie de bastón muy grueso; la mirada vaga... y el pensamiento ¡quién sabe! quizá en otro mundo que vislumbraba cerca, tal vez en el de los recuerdos; ¿gestaría en los seres queridos que la muerte arrebató, ó en los que pronto abandonarían para siempre?... Aquella joven, su única compañera.

El carruaje pasó junto a ellos; el amarillento rostro del anciano siguió inmóvil; el ruido del coche no llamó ni por un momento la atención de aquel hombre, ajeno a todo cuanto le rodeaba.

La muchacha nos siguió algunos instantes con la vista; no se dirigió a la palabra, y yo seguí mirándolos hasta que me los ocultaron los accidentes del camino, dejándonos en guisa una impresión melancólica que siempre va unida al recuerdo de aquella última jornada.

Después aparecieron algunas otras viviendas, todas del mismo estilo, esparcidas por la montaña; y por último, un grupo como de unas docenas al rededor de pobre iglesia. En el atrio de la misma, y siguiendo antigua costumbre, estaba el cementerio.

El ciprésulo, avanzando, me impedía apreciar otros detalles, y aunque pareciera incompreensible, todo aquel espectáculo, con ser tan sencillo, llegó a interesarme como la cosa de mayor importancia.

Tanto fué así, que al retirarme a descansar aquella noche, aun veía la actitud indiferente y desdenosa que se reflejaba en el rostro del anciano y la melancólica abnegación en que parecía envuelta la figura de la joven. Y pensé más mucho más, en el instante de ir por aquel camino de abajo que en el castillo que debía visitar al día siguiente, y era el motivo principal de aquella última jornada.

—¡Con qué impaciencia subí al coche a los dos días!

Hay cosas bien extrañas en estas sensaciones.

Aunque yo me decía: pero qué ya importan a él esas cosas, y ese pueblo, cuyo nombre ni siquiera conoces; ¿qué tiene de particular cuanto has visto? Por más que me hacías estas preguntas, mi primer pensamiento al montar en el carruaje fué para aquellos seres desconocidos; y al dar mi despedida a las gigantes montañas, más se dibujaban en mi mente aquellas dos figuras humanas que todos los encantos de la naturaleza, por mucho que ésta me había impresionado.

Segura, pues, con la vista los panoramas que se iban sucediendo, y no pude reprimir un suspiro de satisfacción al divisar el pueblito que, que fué naturalmente el primero que vi por recorrer el camino en sentido contrario.

Allí estaba, triste como el cielo de aquel día, el diminuto campamento, muy mal cuidado, con algunas cruces de madera, que el tiempo se había encargado de pintar enlutadas completamente, entre otras de piedra, casi tan ennegrecidas como las de madera, y en una finca una más grande de un solo brazo, cual si allí, decretada la igualdad para los cuerpos lo mismo que está la de las almas, se hubiera castigado la osadía de la que pensó erguirse sobre sus hermanas, sólo porque hubo quien inventó unos pocos más de ochavos en un poco más de piedra.

A un lado veíase la tierra recién movida. Pero la casa apareció en aquel instante, y a ella se dirigieron mis miradas. La vivienda ahora arriba, casi cubierta por la niebla que humedecía el suelo.

—No pensaba, —no lo hallaré; con este día el pobre enfermo estará en la cama... Y ella, ¿qué hará? Sólo, con aquel desgarrado, ¿en qué pensará durante las interminables noches de los más interminables inviernos?

—¿Qué negra estaba la casa por aquel lado!

Era la fachada que yo no conocía. En su centro tenía una ventana... Sentí frío... La ventana estaba abierta; en ella algunas ropas de cama, y en un clavo puesto en el muro, el traje de un hombre, el ancho sombrero que yo creí reconocer.

Aquella sepultura recién cerrada y las palabras de mi conductor dichas en el momento la atención de aquel hombre, ajeno a todo cuanto le rodeaba.

La muchacha nos siguió algunos instantes con la vista; no se dirigió a la palabra, y yo seguí mirándolos hasta que me los ocultaron los accidentes del camino, dejándonos en guisa una impresión melancólica que siempre va unida al recuerdo de aquella última jornada.

Después aparecieron algunas otras viviendas, todas del mismo estilo, esparcidas por la montaña; y por último, un grupo como de unas docenas al rededor de pobre iglesia. En el atrio de la misma, y siguiendo antigua costumbre, estaba el cementerio.

El ciprésulo, avanzando, me impedía apreciar otros detalles, y aunque pareciera incompreensible, todo aquel espectáculo, con ser tan sencillo, llegó a interesarme como la cosa de mayor importancia.

Tanto fué así, que al retirarme a descansar aquella noche, aun veía la actitud indiferente y desdenosa que se reflejaba en el rostro del anciano y la melancólica abnegación en que parecía envuelta la figura de la joven. Y pensé más mucho más, en el instante de ir por aquel camino de abajo que en el castillo que debía visitar al día siguiente, y era el motivo principal de aquella última jornada.

—¡Con qué impaciencia subí al coche a los dos días!

Hay cosas bien extrañas en estas sensaciones.

Aunque yo me decía: pero qué ya importan a él esas cosas, y ese pueblo, cuyo nombre ni siquiera conoces; ¿qué tiene de particular cuanto has visto? Por más que me hacías estas preguntas, mi primer pensamiento al montar en el carruaje fué para aquellos seres desconocidos; y al dar mi despedida a las gigantes montañas, más se dibujaban en mi mente aquellas dos figuras humanas que todos los encantos de la naturaleza, por mucho que ésta me había impresionado.

Segura, pues, con la vista los panoramas que se iban sucediendo, y no pude reprimir un suspiro de satisfacción al divisar el pueblito que, que fué naturalmente el primero que vi por recorrer el camino en sentido contrario.

Allí estaba, triste como el cielo de aquel día, el diminuto campamento, muy mal cuidado, con algunas cruces de madera, que el tiempo se había encargado de pintar enlutadas completamente, entre otras de piedra, casi tan ennegrecidas como las de madera, y en una finca una más grande de un solo brazo, cual si allí, decretada la igualdad para los cuerpos lo mismo que está la de las almas, se hubiera castigado la osadía de la que pensó erguirse sobre sus hermanas, sólo porque hubo quien inventó unos pocos más de ochavos en un poco más de piedra.

A un lado veíase la tierra recién movida. Pero la casa apareció en aquel instante, y a ella se dirigieron mis miradas. La vivienda ahora arriba, casi cubierta por la niebla que humedecía el suelo.

—No pensaba, —no lo hallaré; con este día el pobre enfermo estará en la cama... Y ella, ¿qué hará? Sólo, con aquel desgarrado, ¿en qué pensará durante las interminables noches de los más interminables inviernos?

—¿Qué negra estaba la casa por aquel lado!

Era la fachada que yo no conocía. En su centro tenía una ventana... Sentí frío... La ventana estaba abierta; en ella algunas ropas de cama, y en un clavo puesto en el muro, el traje de un hombre, el ancho sombrero que yo creí reconocer.

Aquella sepultura recién cerrada y las palabras de mi conductor dichas en el momento la atención de aquel hombre, ajeno a todo cuanto le rodeaba.

La muchacha nos siguió algunos instantes con la vista; no se dirigió a la palabra, y yo seguí mirándolos hasta que me los ocultaron los accidentes del camino, dejándonos en guisa una impresión melancólica que siempre va unida al recuerdo de aquella última jornada.

Después aparecieron algunas otras viviendas, todas del mismo estilo, esparcidas por la montaña; y por último, un grupo como de unas docenas al rededor de pobre iglesia. En el atrio de la misma, y siguiendo antigua costumbre, estaba el cementerio.

El ciprésulo, avanzando, me impedía apreciar otros detalles, y aunque pareciera incompreensible, todo aquel espectáculo, con ser tan sencillo, llegó a interesarme como la cosa de mayor importancia.

Tanto fué así, que al retirarme a descansar aquella noche, aun veía la actitud indiferente y desdenosa que se reflejaba en el rostro del anciano y la melancólica abnegación en que parecía envuelta la figura de la joven. Y pensé más mucho más, en el instante de ir por aquel camino de abajo que en el castillo que debía visitar al día siguiente, y era el motivo principal de aquella última jornada.

—¡Con qué impaciencia subí al coche a los dos días!

Hay cosas bien extrañas en estas sensaciones.

Aunque yo me decía: pero qué ya importan a él esas cosas, y ese pueblo, cuyo nombre ni siquiera conoces; ¿qué tiene de particular cuanto has visto? Por más que me hacías estas preguntas, mi primer pensamiento al montar en el carruaje fué para aquellos seres desconocidos; y al dar mi despedida a las gigantes montañas, más se dibujaban en mi mente aquellas dos figuras humanas que todos los encantos de la naturaleza, por mucho que ésta me había impresionado.

Segura, pues, con la vista los panoramas que se iban sucediendo, y no pude reprimir un suspiro de satisfacción al divisar el pueblito que, que fué naturalmente el primero que vi por recorrer el camino en sentido contrario.

Allí estaba, triste como el cielo de aquel día, el diminuto campamento, muy mal cuidado, con algunas cruces de madera, que el tiempo se había encargado de pintar enlutadas completamente, entre otras de piedra, casi tan ennegrecidas como las de madera, y en una finca una más grande de un solo brazo, cual si allí, decretada la igualdad para los cuerpos lo mismo que está la de las almas, se hubiera castigado la osadía de la que pensó erguirse sobre sus hermanas, sólo porque hubo quien inventó unos pocos más de ochavos en un poco más de piedra.

A un lado veíase la tierra recién movida. Pero la casa apareció en aquel instante, y a ella se dirigieron mis miradas. La vivienda ahora arriba, casi cubierta por la niebla que humedecía el suelo.

—No pensaba, —no lo hallaré; con este día el pobre enfermo estará en la cama... Y ella, ¿qué hará? Sólo, con aquel desgarrado, ¿en qué pensará durante las interminables noches de los más interminables inviernos?

—¿Qué negra estaba la casa por aquel lado!

Era la fachada que yo no conocía. En su centro tenía una ventana... Sentí frío... La ventana estaba abierta; en ella algunas ropas de cama, y en un clavo puesto en el muro, el traje de un hombre, el ancho sombrero que yo creí reconocer.

Aquella sepultura recién cerrada y las palabras de mi conductor dichas en el momento la atención de aquel hombre, ajeno a todo cuanto le rodeaba.

La muchacha nos siguió algunos instantes con la vista; no se dirigió a la palabra, y yo seguí mirándolos hasta que me los ocultaron los accidentes del camino, dejándonos en guisa una impresión melancólica que siempre va unida al recuerdo de aquella última jornada.

Después aparecieron algunas otras viviendas, todas del mismo estilo, esparcidas por la montaña; y por último, un grupo como de unas docenas al rededor de pobre iglesia. En el atrio de la misma, y siguiendo antigua costumbre, estaba el cementerio.

El ciprésulo, avanzando, me impedía apreciar otros detalles, y aunque pareciera incompreensible, todo aquel espectáculo, con ser tan sencillo, llegó a interesarme como la cosa de mayor importancia.

Tanto fué así, que al retirarme a descansar aquella noche, aun veía la actitud indiferente y desdenosa que se reflejaba en el rostro del anciano y la melancólica abnegación en que parecía envuelta la figura de la joven. Y pensé más mucho más, en el instante de ir por aquel camino de abajo que en el castillo que debía visitar al día siguiente, y era el motivo principal de aquella última jornada.

—¡Con qué impaciencia subí al coche a los dos días!

Hay cosas bien extrañas en estas sensaciones.

Aunque yo me decía: pero qué ya importan a él esas cosas, y ese pueblo, cuyo nombre ni siquiera conoces; ¿qué tiene de particular cuanto has visto? Por más que me hacías estas preguntas, mi primer pensamiento al montar en el carruaje fué para aquellos seres desconocidos; y al dar mi despedida a las gigantes montañas, más se dibujaban en mi mente aquellas dos figuras humanas que todos los encantos de la naturaleza, por mucho que ésta me había impresionado.

Segura, pues, con la vista los panoramas que se iban sucediendo, y no pude reprimir un suspiro de satisfacción al divisar el pueblito que, que fué naturalmente el primero que vi por recorrer el camino en sentido contrario.

Allí estaba, triste como el cielo de aquel día, el diminuto campamento, muy mal cuidado, con algunas cruces de madera, que el tiempo se había encargado de pintar enlutadas completamente, entre otras de piedra, casi tan ennegrecidas como las de madera, y en una finca una más grande de un solo brazo, cual si allí, decretada la igualdad para los cuerpos lo mismo que está la de las almas, se hubiera castigado la osadía de la que pensó erguirse sobre sus hermanas, sólo porque hubo quien inventó unos pocos más de ochavos en un poco más de piedra.

A un lado veíase la tierra recién movida. Pero la casa apareció en aquel instante, y a ella se dirigieron mis miradas. La vivienda ahora arriba, casi cubierta por la niebla que humedecía el suelo.

—No pensaba, —no lo hallaré; con este día el pobre enfermo estará en la cama... Y ella, ¿qué hará? Sólo, con aquel desgarrado, ¿en qué pensará durante las interminables noches de los más interminables inviernos?

—¿Qué negra estaba la casa por aquel lado!

Era la fachada que yo no conocía. En su centro tenía una ventana... Sentí frío... La ventana estaba abierta; en ella algunas ropas de cama, y en un clavo puesto en el muro, el traje de un hombre, el ancho sombrero que yo creí reconocer.

Aquella sepultura recién cerrada y las palabras de mi conductor dichas en el momento la atención de aquel hombre, ajeno a todo cuanto le rodeaba.

La muchacha nos siguió algunos instantes con la vista; no se dirigió a la palabra, y yo seguí mirándolos hasta que me los ocultaron los accidentes del camino, dejándonos en guisa una impresión melancólica que siempre va unida al recuerdo de aquella última jornada.

Después aparecieron algunas otras viviendas, todas del mismo estilo, esparcidas por la montaña; y por último, un grupo como de unas docenas al rededor de pobre iglesia. En el atrio de la misma, y siguiendo antigua costumbre, estaba el cementerio.

El ciprésulo, avanzando, me impedía apreciar otros detalles, y aunque pareciera incompreensible, todo aquel espectáculo, con ser tan sencillo, llegó a interesarme como la cosa de mayor importancia.

Tanto fué así, que al retirarme a descansar aquella noche, aun veía la actitud indiferente y desdenosa que se reflejaba en el rostro del anciano y la melancólica abnegación en que parecía envuelta la figura de la joven. Y pensé más mucho más, en el instante de ir por aquel camino de abajo que en el castillo que debía visitar al día siguiente, y era el motivo principal de aquella última jornada.

—¡Con qué impaciencia subí al coche a los dos días!

Hay cosas bien extrañas en estas sensaciones.

Aunque yo me decía: pero qué ya importan a él esas cosas, y ese pueblo, cuyo nombre ni siquiera conoces; ¿qué tiene de particular cuanto has visto? Por más que me hacías estas preguntas, mi primer pensamiento al montar en el carruaje fué para aquellos seres desconocidos; y al dar mi despedida a las gigantes montañas, más se dibujaban en mi mente aquellas dos figuras humanas que todos los encantos de la naturaleza, por mucho que ésta me había impresionado.

Segura, pues, con la vista los panoramas que se iban sucediendo, y no pude reprimir un suspiro de satisfacción al divisar el pueblito que, que fué naturalmente el primero que vi por recorrer el camino en sentido contrario.

Allí estaba, triste como el cielo de aquel día, el diminuto campamento, muy mal cuidado, con algunas cruces de madera, que el tiempo se había encargado de pintar enlutadas completamente, entre otras de piedra, casi tan ennegrecidas como las de madera, y en una finca una más grande de un solo brazo, cual si allí, decretada la igualdad para los cuerpos lo mismo que está la de las almas, se hubiera castigado la osadía de la que pensó erguirse sobre sus hermanas, sólo porque hubo quien inventó unos pocos más de ochavos en un poco más de piedra.

instante de pasar junto las melancólicas figuras, dos disidentes, vinieron a mi memoria para dejar en ella un nombre a tales recuerdos. La última jornada. Si, la última jornada del pobre anciano.

Pascual Millán.

NOTICIAS DE SOCIEDAD

Anoche estuvo muy brillante la recepción celebrada en la embajada de Francia.

Se habla de un desafío pendiente entre un joven, hijo menor de un conde, senador vitalicio y banquero fallecido ha dos lustros y enparentado con un alto personaje del partido liberal, y uno de los sobrinos de un grande de España, diputado a Cortes, director general y ex secretario de una de las Cámaras en épocas conservadoras.

Ha fallecido en Badajoz el reputado profesor de música e inspirado compositor D. Leopoldo Martín Ellexpu.

Durante diez y seis años dirigió la banda del cuerpo de alabarderos.

Se está organizado una pavana, que se hará con trajes de la corte de Luis XIV, en los salones de la marquesa de Squilache.

Madame Rattazzi marchará mañana, a las ocho, en el expreso. Sus numerosos amigos preparan afectuosos despedidas.

El Abate Faria.

CONGRESO

SESION DEL DIA 22

Preside su discurso el Sr. Canalejas: Es evidente que España no puede dejar que muera el comercio en potencia de su desarrollo comercial, y no puede dejar que se extinga su comercio marítimo. Pero esto no se consigue protegiendo a una empresa, sino a toda la marina mercante. No importará que se salve la Trasatlántica, si su salvación implica la muerte de las demás compañías, que han pagado sus derechos de abanderamiento, han prestado igualmente servicios importantes y no han recibido ninguna subvención.

Basta esto al gobierno? ¿Es que se ha de proteger a la Trasatlántica en perjuicio de otras compañías, estando éstas en mejores condiciones de lucha, solo porque aquella tenga camarotes de lujo y éstas no?

¿Vamos a votar ocho años de prórroga y ocho millones anuales de pesetas, sin tomar preventivos para el desarrollo del tráfico y la mejora del transporte?

El Parlamento no puede hacer leyes para una empresa; tiene que hacerlas para un interés general.

¿Que los ocho millones son poco aún? Pues hágase un esfuerzo; pero hágase, no para una empresa, sino para toda la marina mercante.

El Sr. Suárez Inda interviene en el debate, anunciando que votará con el gobierno.

El señor presidente del Consejo de ministros dice que, con la sola excepción del Sr. Azcarate, los oradores de la oposición han aprovechado este debate para tratar con toda amplitud de las cuestiones marítimas, no circunscribiéndose al modesto proyecto que se discute.

Califica de grandes previosos a los hombres que hicieron el contrato del 87 con la Trasatlántica.

No se hubieran mostrado esos hombres a tan grande altura si no hubieran previsto las variaciones que podían surgir en los veinte años del contrato.

Efectivamente, las tuvieron en cuenta, y así consta en el art. 6.º, donde se dice que podrán variarse los itinerarios cuando sea conveniente esto al interés del Estado.

No ha habido aquí novación ninguna de contrato, y lo único que se ha hecho es cumplir la obligación que ésta imponía, de conformidad con la elasticidad que le fué dada por quienes lo otorgaron.

Si en vez de perder colonias las hubiéramos aumentado, también habrían tenido que hacerse variaciones.

¿Es que conviene rescindir el contrato? Eso ya cabría discutirlo, contra nuestra opinión.

Se me pregunta por qué hice la real orden de agosto. Pues si el presidente del Consejo no se ocupa en estos asuntos de trascendencia, ¿en qué iba a ocuparse?

Planteadas la cuestión como la presenta el Sr. Azcarate, resulta que debía rescindir el contrato sin derecho a indemnización.

Y este criterio lo funda S. S., para una resolución creada en 1887, en el Código cuando éste no se publicó hasta el 1887.

¿No se trata de una obligación que hacer, y no puede sostenerse desafortunadamente que ésta se haya extinguido?

No cabía más que un dilema: ó seguir cumpliendo el contrato con arreglo a su artículo 6.º, ó rescindirle con indemnización.

Si no hubiera existido la subvención para esos servicios marítimos, el gobierno habría tenido que crearla, porque no íbamos a renunciar a nuestros intereses mercantiles para el porvenir.

Se lea la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se lea la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se lea la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se lea la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se lea la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

Se señala orden del día para el miércoles y se levanta la sesión a las nueve y veinte minutos.

Se lee la lista de diputados elegidos para la comisión que ha de ofrecer sus respetos mañana a S. M. el rey.

LOS TEATROS

PRINCESA

La JEREZANA. Jugete cómico en un acto y en prosa, original de D. Pascual Sánchez Bort.

Después de lo que el público celebró anoche la reprise de la hermosa comedia de Palencia La charra, gracia y no poca gracia de tener La jerezana para conseguir toda la atención del aristocrático público que llenaba la elegante sala de aquel teatro.

El público no cesó un solo momento de reír con grandes carcajadas los innumerables chistes y graciosísimas situaciones cómicas de que consta el juguete.

No hay que buscar en éste caracteres más ó menos bien dibujados, ni mayor ó menor verdad en los personajes; basta lo que hace reír para otorgar nuestro sincero aplauso a su autor.

En el desempeño se distinguieron las señoras Rojas, Estrada y señorita Bremon y los Sres. Yáñez, que caracterizó a maravilla a un oficinista judicial, Reig, Villanova y otro actor, cuyo nombre sentimos no recordar, y que desempeñó a la perfección un criado gallego.

En todos los teatros de España se hará seguramente La jerezana.

Nota. Se me olvidaba decir que el autor es el aplaudido actor del mismo teatro Sr. Sánchez Bort.

LOS EMPLEADOS DE FERROCARRILES

La Asociación general de empleados y obreros de los ferrocarriles de España, celebró anoche con una espléndida comedia en el hotel Peninsular, el duodécimo aniversario de la fundación de dicha sociedad.

Asistieron unos 200 socios y varios representantes de la prensa.

Al servirse el champagne, el presidente actual de la misma, D. José Roselló, hizo la historia de la sociedad, lo benefició de su institución y dió cuenta de los socios que hoy reúne (10.000).

Brindó por la prosperidad de la Asociación, y en hermosas frases, recordó a los presidentes anteriores, y especialmente a su fundador, D. Francisco Grach.

Después brindó por la prensa allí representada, y a la cual dirigió galantes y entusiastas palabras de afecto.

Un hombre de la prensa hablaron los Sres. Sastre, Cantin y Caamaño, muy bien, este último con muchísima gracia; siendo, tanto el Sr. Roselló, como los compañeros mencionados, ruidosamente aplaudidos.

También hicieron uso de la palabra los Sres. García (D. Isidoro), Cabello, Aguilera, Benito, Reguera, Calvo, Diaz y Caamaño, este último en verso, recibiendo todos plácemes y aplausos.

Se leyeron infinidad de telegramas y cartas de adhesión de muchos empleados de distintos puntos de la Península, y D. Severiano Luyada, antiguo y celoso funcionario de la intervención de la línea del Norte, y uno de los miembros principales de la Asociación, y en la que decía que no podía asistir a tal acto por el reciente fallecimiento de un hermano suyo, pero que enviaba miles de saludos a los periodistas que asistieran al acto.

El inventario del activo de la sociedad, hecho en 31 de octubre de 1899, ascendía a 1.333.038'83 pesetas.

Paris antiguo!... ¿Qué no tiene otro medio de vivir! Vamos amigo Jorge, tu has perdido la cabeza. —Es increíble efectivamente; pero cuanto más le he mirado más me he convencido de que estoy en lo firme. El notario tocó la frente de su amigo. —Vamos a ver—dijo—¿no estás alucinado? —No lo creo. —¿Tienes tu razón cabal? —Estoy convencido de ello. —Será preciso que te cuides. El señor de Vernieres sonreía. Se sentía dichoso con su hallazgo. Por fin había conseguido adelantar en su difícil empresa. —Burlate—dijo—burlate de mí. Ya veremos cual de los dos tiene razón. El notario prosiguió al cabo de un momento. —¿No me parece que estás loco, y sin embargo, dices cosas tan inverosímiles! ¿De modo que tu crees que has encontrado al marqués de la Varande? —Sí. —He aquí un hallazgo que cambiaría completamente la situación. Ante todo es preciso saber donde vive tu misterioso personaje. —Lo ignoro; pero no me será difícil averiguarlo. —¿Haciéndole seguir? —Es claro; se trata solo de tener un poco de paciencia. —Y de astucia, porque si el trata de conservar su incógnito, tomará sus precauciones. —Tal vez. Jorge de Vernieres declaró. —Creo tener a mi disposición un medio más seguro para conocer su domicilio. —¿Cuál? —Y su secreto además. —¿Cómo harás? —No haré amigo suyo. —¿Y su confidencia? —Sí puedo. —¿Piensas conseguirlo? —Muy pronto. Dentro de pocos días vendrá a verme y a trabajar conmigo. —¿Está convenido? —Sí. —¿Sobre el estudio de tu hotel? —Le escribiremos juntos... Pienso aprovecharme de la situación y detenerle algún día

á almorzar ó a comer... Ya comprendes, de sobremesa se habla... El notario movió la cabeza. —Querido mío—dijo,—el hombre que desde hace quince años ha tenido valor para renunciar, por no sé qué razón, al usufructo de una fortuna como la suya, condenándose á una vida de trabajo mal pagado y de privaciones, está dotado de una voluntad de hierro, y no se dejará arrancar su secreto tan fácilmente. De todos modos, si quieres

